

Y Courfeyrac añadió :— Lo que es yo, no entraré, de seguro.

El muchacho le miró fijamente y le preguntó :

— ¿ Y por qué no entrará usted ?

— Por que no.

— ¡ Pues adónde va usted ?

— ¿ Qué te importa á ti ?

— ¿ Quiere usted que yo le lleve su cofre ?

— Yo voy á las barricadas.

— ¿ Quiere usted que yo vaya con usted tambien ?

— ¡ Si te empeñas !... respondió Courfeyrac. La calle es libre, el empedrado pertenece á todo el mundo.

Y escapó él corriendo para ir á reunirse de nuevo con sus amigos. Cuando los alcanzó, dió el cofre á uno de ellos para que le llevara. Hasta un cuarto de hora despues, no se apercibió él de que el muchacho le habia seguido en efecto, y continuaba formando parte del grupo.

Una banda de gente de esta especie no va precisamente adónde ella quiere ir. Ya hemos explicado que una ráfaga de viento la arrebata. Pasaron más allá de Saint-Merry y se hallaron, sin saber cómo, en la calle de Saint-Denis.

LIBRO DUODÉCIMO

CORINTO

I

HISTORIA DE CORINTO DESDE SU FUNDACION

Los parisienses que, al entrar hoy en la calle de Rambuteau por el lado de los mercados centrales, observan á su derecha, frente á la calle de Mondétour, una tienda de cestería que tiene por muestra un canastillo figurando al emperador Napoleon el Grande con esta inscripcion :

NAPOLEON ESTÁ HECHO
TODO DE MIMBRE

están muy léjos de sospechar siquiera la existencia de las

escenas terribles que presenció este mismo sitio apenas hará treinta años.

Allí era dónde se hallaba la calle de la Chanvrerie, que las antiguas inscripciones llamaban de la Chanverrière y la famosa taberna titulada Corinto.

Todo el mundo recuerda cuanto se ha dicho acerca de la barricada erigida en aquel sitio y eclipsada por la barricada Saint-Merry. Sobre esta famosa barricada de la calle de la Chanvrerie, sumergida hoy ya en una noche profunda, es sobre la que vamos á derramar alguna luz.

Permítasenos recurrir, para la claridad de la narración, al medio sencillo empleado ya por nosotros para Waterloo. Las personas que quieran representarse de una manera bastante exacta las manzanas de casas que existían en aquella época junto á la esquina que llaman *pointe Saint-Eustache*, en el ángulo nord-este de los mercados centrales de París, donde hoy se halla la desembocadura de la calle de Rambuteau, no tienen más que figurarse, tocando á la calle de Saint-Denis por la cima, y por la base á los mercados (*les Halles*), una N cuyas dos piernas verticales serían la calle de la Grande-Truanderie y la calle de la Chanvrerie; formando la calle de la Petite-Truanderie el palo ó la pierna transversal de la letra. La antigua calle de Mondétour cortaba las tres piernas de tal modo, que venía á formar los ángulos más tortuosos é irregulares; de manera que el complicado laberinto de estas cuatro calles bastaba para formar, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre los mercados centrales y la calle de Saint-Denis, por una parte, y por otra entre la calle del Cisne y la calle de los Predicadores, siete islotes de casas, cortados de un modo extraño y caprichoso, de diversos tamaños, colocados al traves y como al azar, y separados apenas, como las rocas ó los grandes trozos de piedra en las canteras, por medio de estrechas rendijas ó headaduras.

Rendijas estrechas decimos, y no es posible dar más justa idea de aquellas callejuelas oscuras, apretadas, angulosas, formadas por casuchas de ocho pisos. Estas casuchas estaban tan decrepitas que, en las calles de la Chanvrerie y de la Petite-Truanderie, se hallaban las fachadas apuntaladas con vigas que atravesaban de una á otra casa. La calle era estrecha y el arroyo era ancho, en términos que los transeuntes pasaban por un suelo siempre mojado, costeano unas tiendas que más bien parecían cuevas, enormes guardacantones ceñidos con aros de hierro, grandes montones de basura, puertas de avenidas cerradas con inmensas verjas seculares. La calle de Rambuteau ha devastado todo esto.

El nombre de Mondétour pinta maravillosamente las sinuosidades de toda esta vía. Un poco más allá, se las encontraba aún mejor expresadas por medio de la calle *Pirouette*¹ que abocaba á la calle de Mondétour.

El transeunte que se engolfaba de la calle de Saint-Denis en la calle de la Chanvrerie, la veía estrecharse poco á poco delante de él, como si hubiese penetrado en un largo embudo. Al fin de la calle, que era muy corta, se encontraba el paso interceptado hácia la parte de los mercados, por una alta hilera de casas, y habría creído hallarse en un callejón sin salida, si no hubiera notado á derecha é izquierda dos trincheras negras por donde podía escapar. Esta era la calle de Mondétour, la cual iba á unirse, por un lado con la calle de los Predicadores, y por otro con las calles del Cisne y de la Petite-Truanderie. En el fondo de esta especie de callejón sin salida, en el rincón de la trinchera de la derecha, distinguíase una casa ménos elevada que las otras y formando una especie de cabo en la calle.

En aquella casa, que no tenía sino dos pisos, era donde

¹ *Pirouette*, es pirueta, ó voltereta, y *mon détour*, mi vuelta.

se hallaba alegremente instalada, hacía ya trescientos años, una taberna ilustre. Esta taberna formaba un ruido de fiesta y algazara en el mismo lugar que el viejo Teófilo dejó señalado por medio de estos renglones :

Allí se bambolea el horrible esqueleto
De un pobre amante que se ahorcó.

El sitio era excelente, y los taberneros se sucedían allí de padre á hijo.

En tiempo de Mathurin Regnier, aquella taberna se llamaba el *Pot-aux-Roses*¹, y como los retruécanos y los jerglíficos estaban entónces muy en boga, tenía por muestra un pilar de madera pintado de color de rosa². En el siglo anterior, el digno Natoire, uno de los maestros fantásticos desdeñados hoy por la escuela rígida, habiéndose achispado varias veces en aquella taberna, en la misma mesa donde se había embriagado Regnier, pintó, por reconocimiento, un racimo de uvas de Corinto en el pilar color de rosa. El tabernero, contento y gozoso, se apresuró á cambiar su muestra, haciendo dorar por bajo del racimo estas palabras : *Al Racimo de Corinto*. De dónde provino este nombre *Corinto*. Nada más frecuente y natural en los borrachos que el uso de las elipses. La elipse es el zigzag de la frase. Corinto fué poco á poco destronando al *Pot-aux-Roses*. El último tabernero de la dinastía, el tío Hucheloup, ignorando ya hasta la tradición, había hecho pintar el pilar de azul.

Una sala abajo, donde se hallaba el despacho, otra sala en el cuarto principal, donde estaba el billar, una escalera de madera en espiral, que taladraba el techo, el vino sobre las mesas, el humo sobre las paredes, velas de sebo encen-

¹ Maceta de rosas.

² Es decir, un *poteau rose*, que se pronuncia en frances lo mismo que *Pot-aux-Roses*, ó maceta-rosal.

didadas en mitad del día; tal era la taberna. Una escalera de trampa ó escotillon en la sala baja conducía á la cueva. En el piso segundo estaba la habitación de los Hucheloup, á la cual se subía por una escalera, ó escala más bien, no teniendo por entrada sino una puerta secreta en la sala grande del primer piso. Bajo el tejado había dos graneros-boardillas, que servían de nidos á las criadas. La cocina dividía el piso bajo con la sala del despacho.

El tío Hucheloup había nacido tal vez químico, pero el hecho es que él fué cocinero; no sólo se bebía en su taberna, sino que también se comía. Hucheloup había inventado una cosa excelente que no se comía sino en su casa, tales eran las carpas rellenas que él llamaba *carpes au gras*. Esto se comía allí al resplendor de una vela de sebo ó de un quinqué del tiempo de Luis XVI, sobre unas mesas donde estaba clavado un hule, en guisa de mantel. Venían de muy lejos á comerlas. Una mañana que se levantó Hucheloup con ganas de advertir á los transeuntes acerca de su « especialidad, » había mojado un pincel en un puchero de negro, y como tenía una ortografía que le era peculiar, á la manera que tenía también una cocina particularmente suya, había improvisado en su pared esta notable inscripción :

CARPES HO GRAS.

Un invierno, los chaparrones y los aguaceros habían tenido el capricho de borrar la S que terminaba la primera palabra y la G que principiaba la tercera; quedando sólo esto :

CARPE HO RAS.

Así, pues, con la ayuda del tiempo y de la lluvia, un humilde anuncio gastronómico se había transformado en un consejo profundo.

De este modo resultó que, no sabiendo frances, el tío Hu-

cheloup habia sabido latin, que habia hecho salir de la cocina la filosofia, y que, queriendo buenamente sobrepujar á Carême, habia igualado á Horacio. Y lo más singular era que aquello tambien queria decir: Entrad en mi taberna.

Nada de esto existe ya hoy. El dédalo Montdétour se hallaba encentado y largamente abierto desde 1847, y probablemente no existe á estas horas. La calle de la Chanvrière y Corinto han desaparecido bajo el empedrado de la calle de Rambuteau.

Segun lo hemos dicho ya, Corinto era uno de los puntos de reunion, sino de asociacion, de Courfeyrac y de sus amigos. Grantaire era quien habia descubierto á Corinto, donde él entró á causa de *Carpe Horas*, y adonde volvió á causa de las *Carpes au gras*. Allí se bebía, se comía, se gritaba; se pagaba poco, se pagaba mal, ó no se pagaba nada, y siempre era todo el mundo bien recibido. El tío Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, buen hombre, como acabamos de decir, era un bodegonero con bigotes; variedad bastante curiosa y divertida. Siempre tenía cara de mal humor, parecia querer intimidar á sus parroquianos, regañaba con cuantos entraban en su casa, y tenía más trazas de estar dispuesto á armarles camorra que á servirles la sopa. Y sin embargo, nosotros mantenemos la palabra, siempre era todo el mundo allí bien recibido. Esta misma singularidad habia contribuido á acreditar y á poner á la moda su taberna-figon, adonde acudian de ordinario muchos jóvenes, diciéndose: Vamos á oír los gruñidos del tío Hucheloup. Habia sido maestro de esgrima. Á veces estallaba de improviso en una carcajada. Voz gruesa, buen diablo. Era un fondo cómico, con una apariencia trágica; nada le agradaba á él tanto como el hacer á sus clientes un poco de miedo, pero á semejanza de esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola, y cuya detonacion es un estornudo.

Tenía por mujer á la tía Hucheloup, un sér barbudo y muy feo.

Por los años de 1830 murió el tío Hucheloup, desapareciendo con él el secreto de las carpas rellenas. Su viuda, poco consolable, continuó sin embargo con la taberna. Pero la cocina degeneró, á tal punto, que era ya execrable, y el vino, que siempre habia sido malo, era detestable. Courfeyrac y sus amigos prosiguieron no obstante frecuentando á Corinto, — por conmiseracion, — decia Bossuet.

La viuda Hucheloup era gruesa y diforme, con ciertas reminiscencias campestres cuya rudeza mitigaba ella algun tanto por medio de la pronunciacion. Tenía, en efecto, una manera de decir las cosas que sazonaba sus tradiciones lugareñas y primaverales. Su mayor dicha, en otros tiempos, segun ella solia decir, habia sido el oír « á los ruseñoles cantar en los *oliacantos*. »

La sala del piso principal, donde se hallaba « la fonda, » era una pieza larga y grande, llena toda ella de taburetes, bancos, banquetas, sillas y mesas, y una de billar vetusta y coja. Llegábase allí por la escalera en espiral que venía á parar al rincon de la sala en un agujero cuadrado semejante á una escotilla de buque.

Alumbrada por una sola ventana estrecha y por un quinqué siempre encendido, aquella sala tenía más bien trazas de un desván ó de un zaquizamí. Todos los muebles de cuatro piés se portaban como si sólo tuviesen tres. Las paredes, blanqueadas con cal, no tenían, por todo adorno, sino el siguiente cuarteto en honor de la señá Hucheloup:

Elle étonne à dix pas, elle épouvante à deux,
Une verrue habite en son nez hasardeux;
On tremble à chaque instant qu'elle ne vous la mouche,
Et qu'un beau jour son nez ne tombe dans sa bouche ¹.

¹ A diez pasos nos causa asombro, á dos nos causa espanto, en su

Esto estaba escrito con carbon en la pared.

La seña Hucheloup, verdadera semblanza de ese retrato, iba y venía desde por la mañana hasta la noche, pasando por delante de ese cuarteto, con la más perfecta tranquilidad. Dos criadas, llamadas Matelote y Gibelotte¹, y á quienes no se conoció nunca otros nombres, ayudaban á la seña Hucheloup á colocar sobre las mesas los jarros de vino azul y los variados guisotes que se servían á los hambrientos parroquianos en cazuelas de barro. Matelote, gruesa, rolliza, encarnadota y chillona, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico; sin embargo, como es de rigor que la criada se mantenga siempre y en todos conceptos detras del ama, era ella ménos fea que la seña Hucheloup, ó mame Hucheloup. Gibelotte, alta, delicada, blanca de una blancura linfática, bastante ojerosa, con los párpados caídos, siempre fatigada y rendida, sufriendo habitualmente lo que pudiéramos llamar la lasitud crónica, levantándose la primera en la casa, acostándose la última, era la que allí servía á todo el mundo, inclusa la otra criada, con silencio y con amabilidad, sonriendo bajo la fatiga de una especie de sonrisa vaga y adormecida.

Antes de entrar en la sala-comedor, se leía en la puerta este renglon, escrito con tiza por Courfeyrac :

Convida si puedes y come si te atreves.

azarosa nariz habita una verruga ; á cada instante temblamos ante la idea de que, al sonarse, nos la eche encima, y de que cualquier día se le caiga la nariz en la boca.

¹ La *matelote* es una manera de guisar el pescado, á la marinera, y la *gibelotte* una pepitoria ó guisado de liebre ó de conejo.

II

ALEGRÍAS PRELIMINARES

Ya sabemos que el águila de Meaux habitaba más bien en casa de Joly que en ninguna otra parte. Tenía él un albergue á la manera que el pájaro tiene una rama. Los dos amigos vivían juntos, comían juntos, dormían juntos. Todo les era comun, hasta un poco de Musichetta. Eran lo que, entre ciertos monjes, llaman *bini*¹. En la mañana del 5 de Junio, se fueron á almorzar juntos á Corinto. Joly bastante resfriado hacía ya algunos días, había contraído un fuerte romadizo de que Laigle principiaba ya á participar. El frac de Laigle estaba muy raído, pero Joly iba bien puesto.

Serían como las nueve de la mañana cuando empujaron ellos la puerta de Corinto.

En seguida subieron al primer piso.

¹ Pareja de religiosos con licencia para salir juntos á paseo.

Matelote y Gibelotte los recibieron en aquella estancia.
— Ostras, queso y jamon, dijo Laigle.

Y se sentaron á la mesa.

La taberna se hallaba enteramente desierta; nadie más que ellos dos habia.

Gibelotte, que conocia los usos y costumbres de Joly y de Laigle, puso una botella de vino sobre la mesa.

Cuando estaban comiendo las primeras ostras, asomó una cabeza por la trampa ó escotilla de la escalera, y una voz dijo :

— Pasaba por aquí. Percibí desde la calle un olor delicioso á queso de Brie, dije : pues entremos ; y aquí me tenéis.

Era Grantaire.

Grantaire tomó un taburete y se sentó á la mesa.

Al ver á Grantaire, Gibelotte puso dos botellas de vino sobre la mesa.

Con estas dos, ya eran tres botellas.

— ¿Es que vas á beberte esas dos botellas? preguntó Laigle á Grantaire.

Grantaire contestó :

— Todos son ingeniosos, solo tú eres ingenuo. Dos botellas no han asustado nunca á un hombre.

Los otros habian empezado por comer, Grantaire empezó por beber. Média botella se tragó del primer sorbo.

— Parece que tienes un agujero en el estómago, le dijo Laigle.

— Tú sí que tienes dos en los codos, repuso Grantaire.

Y despues de haber vaciado su vaso, añadió :

— ¡Ah ! pero, Laigle de las oraciones fúnebres, tu frac está viejo.

— Ya lo creo, contestó Laigle. Por eso vivimos en pacífica armonia, mi frac y yo. Él ha tomado todos mis pliegues, dobleces y arrugas, de modo que no me incomoda lo

más mínimo, se ha amoldado á todas mis deformidades, es complaciente en extremo con todos mis movimientos; yo no le siento, sino porque me abriga. Los fracs viejos son semejantes á los viejos abigos.

— Es verdad, dijo Joly tomando parte en el diálogo, un frac viejo es un antiguo abigo.

— Sobre todo, dijo Grantaire, en boca de un hombre acatarrado ¹.

— ¿Grantaire, preguntó Laigle, es que vienes tú ahora del boulevard ?

— No.

— Nosotros acabamos de ver pasar la cabeza del cortejo, Joly y yo.

— Es un espectáculo baravilloso, dijo Joly.

— ¡Qué tranquila está esta calle ! exclamó Laigle. ¿Quién podria sospechar aquí que París se halla á estas horas trastornado enteramente ? ¡ Bien se conoce que en otro tiempo no habia por este barrio otra cosa que conventos y monasterios ! Du Breul y Sauval dan la lista de ellos, y tambien el abate Lebeuf. Los habia por aquí, todo en derredor, como hormigueros, calzados, descalzos, pelados, barbudos, grises, negros, blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, agustinos menores, grandes agustinos, agustinos antiguos... — Toda esa gente pululaba.

— No hablemos de frailes, interrumpió Grantaire, pues eso le da á uno ganas de rascarse.

Y en seguida exclamó :

— ¡ Caramba ! acabo de tragarme una mala ostra. La hipocondria se vuelve á apoderar de mí. Las ostras están echadas á perder, las criadas son feas. Yo aborrezco al género humano. Háce poco, he pasado por la calle de Richelieu,

¹ Dice esto, porque Joly ha pronunciado *ami* (amigo) como *habit* (frac) á causa de su catarro.

delante de la enorme librería pública. Aquel montón de conchas de ostras que se llama una biblioteca me quita las ganas de pensar. ¡Cuánto papel ¡cuánta tinta! ¡cuánto garabato! ¡Y han escrito todo eso! ¿Quién es el zamborotudo que ha dicho que el hombre es un bípedo sin plumas? Y después, he encontrado á una linda muchachita á quien yo conozco, bella como la primavera, digna de llamarse Floreal, y alborozada, transportada, dichosa, en sus glorias, la miserable, porque un horrible banquero pintarrajado de viruelas se ha dignado solicitarla y poseerla! ¡Oh! la mujer espía al contratante no ménos que al galanteador; las gatas cazan á los ratones como á los pájaros. Esa damisela, no hace aún dos meses que era honrada y juiciosa en una boardilla, ocupándose en ajustar redondelitos de cobre á los ojetes de corsé, ¿cómo llamáis á eso? ella cosía, tenía un catre de tijera, se sentaba junto á una maceta de flores, y estaba contenta. Ahora vedla ya banquera. Esta transformación se ha hecho la noche anterior. Esta mañana encontré á esa víctima, muy alegre y gozosa. Lo más horrible es que la picaruela estaba hoy tan guapa como ayer. Su banquero no se traslucía en su cara. Las rosas tienen esto de más ó de ménos que las mujeres, que las trazas que las dejan las orugas son visibles. ¡Ah! no hay moral en la tierra, yo pongo por testigo al mirto, símbolo del amor, al laurel, símbolo de la guerra, al olivo, ese zopenco, símbolo de la paz, al manzano, que por poco estrangula á Adán con su pepita, y á la higuera, la abuelita de las enaguas. Por lo que hace al derecho, ¿queréis saber lo que es el derecho? Los Galos codician á Clusa, Roma protege á Clusa, y les pregunta qué mal les ha hecho esta. Breno responde: — El mismo mal que os ha hecho á vosotros Alba, el que os ha hecho Fidená, el mal que os han hecho los Romanos, los Eques, los Volsques y los Sabinos. Eran vecinos vuestros, y nada

más. Los Clusos nos pertenecen. Nosotros comprendemos la vecindad como vosotros la comprendéis. Vosotros habéis robado á Alba, y nosotros tomamos á Clusa. Roma dijo: No tomaréis á Clusa. Y Breno tomó á Roma, gritando en seguida: *Væ victis!* Hé aquí lo que es el derecho. ¡Ah! ¡cuántos animales de presa hay en este mundo! ¡cuántas águilas! Me estremezco, sólo de pensarlo.

Y alargó su vaso á Joly que le llenó, bebió en seguida y prosiguió, casi sin haber sido interrumpido por aquel vaso de vino del cual no se apercibió nadie, incluso él mismo:

— Breno, que se apodera de Roma, es un águila; el banquero, que se apodera de la obrerita, es un águila. No hay aquí más pudor que allí. Por consiguiente, no creamos en nada. No hay sino una realidad: beber. Sea cualquiera vuestra opinion, ora seáis partidarios del gallo flaco, como el cantón de Uri, ó bien del gallo gordo, como el cantón de Gláris, poco importa, bebed. Vosotros me habláis ahí del boulevard, del cortejo, et cetera. ¡Ah! ¿conque, al fin y al cabo, parece que vamos á tener aún otra revolucion? Esta indigencia de medios por parte de Dios, no deja de sorprenderme y causarme asombro. Necesita á cada instante, por lo visto, ponerse á dar de sebo á la máquina de los acontecimientos. Que se roza, que se detiene, que no marcha bien; pronto una revolucion. Apuesto á que Dios tiene siempre las manos negras, de dar continuamente á las ruedas con ese unto asqueroso. Yo, en lugar suyo, haría la operacion de un modo más sencillo; no me entretendría en reparar la máquina á cada momento, sino que conduciría al género humano por el camino recto, zurciendo ó tejiendo los hechos punto por punto, sin romper el hilo, no usaría nunca expedientes de por-si-acaso, no tendría repertorio extraordinario. Lo que vosotros llamáis el progreso marcha á impulsos de dos motores, los hombres y los acontecimientos. Pero es

triste cosa es ver que, de vez en cuando, lo excepcional se hace necesario. Para los acontecimientos como para los hombres, la turba ordinaria no basta; entre los hombres se necesitan genios, y entre los acontecimientos revoluciones. Los grandes accidentes son la ley; el orden general de las cosas no puede pasarse sin ellos; y, al ver las apariciones de los cometas, casi está uno tentado de creer que aún el mismo cielo necesita ciertos grandes actores en representación. En el momento en que ménos lo espera uno, Dios fija, á manera de cartel, un meteoro en las paredes del firmamento. De improviso se presenta una estrella rara y excéntrica, subrayada por una cola enorme. Y esto hace morir á César. Bruto le hiere con el puñal y Dios con el cometa. ¡Zas! allá va una aurora boreal; allá va una revolución, allá va un grande hombre; 93 en letras gruesas, Napoleón de centinela, el cometa de 1811 en lo alto del cartel. ¡Ah! magnífico cartel azul, constelado todo él de inesperados resplandores! ¡Bum! ¡bum! espectáculo extraordinario. Levantad la vista, bobos. Todo es descabellado, el astro como el drama. Dios de bondad, eso es demasiado, y eso es insuficiente. Esos recursos, tomados en la excepción, parecen magnificencia y no son sino pobreza. Amigos míos, la Providencia se ve reducida á echar mano de expedientes. Una revolución, ¿pero qué es lo que esto prueba? Que Dios anda escaso de medios. Da un golpe de Estado, porque hay solución de continuidad entre el presente y el porvenir, y porque él, Dios, no ha podido reunir los dos cabos. En realidad, esto me confirma á mí en mis conjeturas sobre la situación de fortuna de Jehovah; y al ver tanto malestar, arriba y abajo, tanta mezquindad, tanta miseria, tanta lepra en el cielo y en la tierra, desde el pájaro que no posee un grano de mijo, hasta á mí, que no tengo cien mil libras de renta, al ver los destinos del hombre, que están ya muy gastados, y aún los

regios destinos, que muestran la cuerda, testigo el príncipe de Condé ahorcado; al ver el invierno, que no es otra cosa que un rasgón hecho en el zenit por donde el viento sopla; al ver tantos harapos aún en la novísima púrpura de la mañana en la cima de las colinas; esas perlas falsas que se llaman gotas de rocío; al ver ese strass diamantino de la escarcha; al ver la humanidad descosida y los acontecimientos remendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al ver, en fin, tanta miseria por todas partes, sospecho que Dios no está muy rico. Es verdad que tiene apariencia, pero yo noto bien sus apuros y escaseces. Él da una revolución, á la manera que un negociante que tiene vacía la caja da un baile. No debemos juzgar á los dioses por las apariencias. Bajo el dorado del cielo, entreveo un universo pobre. Hay en la creación síntomas de quiebra. Por eso estoy yo descontento. Ya lo ven ustedes, hoy es el cinco de Junio, y casi es de noche; desde esta mañana, estoy esperando á que venga el día, y apuesto á que transcurrirá toda la jornada sin que él venga. Esta es una falta de puntualidad propia de un dependiente mal pagado. Si, todo está mal arreglado, nada se ajusta bien á nada, este viejo mundo está torcido, yo me coloco en las filas de la oposición. Todo va aquí de traves; el universo es harto incómodo. Sucede como con los hijos, el que los desea no los tiene, y el que no los desea los tiene. Total: yo me desespero. Además, me aflige el ver á Laigle de Meaux, este pobre calvo. Me humilla el pensar que yo soy de la misma edad que esa rodilla¹. Por lo demás, crítico, pero no insulto. El universo es lo que es. Yo hablo aquí sin mala intención, y para descargo de mi conciencia. Recibid, Padre eterno,

¹ Genou, rodilla, por la analogía ó semejanza de una calva con una rodilla.

las seguridades de mi distinguida consideracion. ¡Ah! ¡por todos los santos del Olimpo y por todos los dioses del paraíso, yo no he nacido para ser parisiense, es decir, para dar botes eternamente, como un volante entre dos raquetas, desde el grupo de los ociosos al grupo de los revoltosos! Yo vine al mundo para ser turco, y estarme mirando todo el día un grupo de bachilleras orientales ejecutar esas delicadas danzas de Egipto lúbricas como los sueños de un hombre casto, ó labriego boceron, ó noble veneciano rodeado de lindas cortesanas, ó príncipejo aleman suministrando medio soldado de infantería á la Confederacion germánica, y ocupando sus ocios en hacer enjugar sus calcetines sobre el seto de su casa, es decir, sobre su frontera! ¡Hé aquí para qué especie de destinos habia yo nacido! Sí, he dicho turco, y no me vuelvo atras. No comprendo por qué se ha de tomar habitualmente á los turcos en mal sentido; Mahoma tiene mucho bueno; respetemos al inventor de los serallos de huries y de los paraísos de odaliscas! ¡No insultemos al mahometismo, la única religion que está adornada de un gallinero! Dicho esto, insisto en beber. La tierra es una gran majadería. Y parece que se van á batir; todos esos tontos van á hacerse cortar la cara, á destrozarse ahí, á matarse, en mitad del verano, en el mes de Junio, cuando sería más sencillo y mucho ménos arriesgado que se fueran, llevándose del brazo una criatura, á respirar en el campo el grato perfume de la inmensa taza de té que ofrecen los forrajes recién segados! De véras que se hacen demasiados disparates. Un farol viejo que he visto roto, hace poco en casa de un prendero, me sugiere una reflexion: Ya sería tiempo de alumbrar al género humano. ¡Sí, vedme ya triste otra vez! ¡Lo que puede el tragar una ostra y una revolucion de traves! Ya vuelvo á estar lúgubre. ¡Oh! qué horrible es el viejo mundo! ¡Aquí se afanan, se des-

tituyen, se prostituyen, se matan, y acaban al fin por acostumbrarse¹!

Y despues de este fantástico arrebató de elocuencia, Grantaire sufrió otro arrebató de tos, merecido.

— Á propósito de revolucion, dijo Joly, parece que decididamente Barius está edaborado,

— ¿ Se sabe de quién ? pregunto Laigle.

— Do.

— ¿ No ?

— ¡ Do ! te digo.

— ¡ Los amores de Marius? exclamó Grantaire. Desde aquí estoy yo viendo ya lo que es eso. Marius es un nublado, y habrá encontrado un vapor. Marius es de la raza poética: y quien dice poeta, diceloco. *Trymbræus Apollo*. Marius y su María ó su Marion, ó su Marietta, ó su Mariquita, deben de hacer unos amantes singulares, y curiosos. Ya yo me figuro lo que eso será. Ciertos éxtasis en que se olvidan hasta de besarse. Castos en la tierra, pero cohabitando en el infinito. Son almas que tienen sentidos. Se acuestan juntos en las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella y tal vez su segunda arenga, cuando hé aquí que un nuevo sér apareció por el agujero cuadrado de la escalera. Era un niño de ménos de diez años, andrajoso, sumamente pequeño, amarillo, con la cara en forma de hocico, ojos vivos, una enorme cabellera, mojado todo él por la lluvia, y con trazas de estar muy contento.

Escogiendo sin vacilar entre los tres, bien que él no

¹ Esta frase, en el texto frances, es uno de esos juegos de palabras que tanto prodiga el autor, en su manera excéntrica de expresarse, y que pierde en la traducción todo el *chiste* cacofónico y pesado con que golpea el oído del lector diciendo: *On s'y évertue, on s'y destitue, on s'y prostitue, on s'y tue, on s'y habitue!*